

## **LANZAMIENTO DE LA “VENTANA DE LA SOCIEDAD CIVIL” SISTEMA DE INFORMACIÓN – PUCP / BANCO MUNDIAL**

Nuestro país vive en medio de una ardorosa pugna, aquella que libramos todos los peruanos, día tras día, por edificar una sociedad en que todos puedan gozar de una vida humana digna de ese nombre, en que las oportunidades de seguridad material y bienestar espiritual no sean la excepción, sino la regla de nuestra convivencia.

Toda búsqueda entraña riesgos de diversa índole. El primero, naturalmente, es el de no hallar nunca lo anhelado. Pero además de ese peligro –que a fin de cuentas debe ser conjurado por nuestras fuerzas, nuestra voluntad y nuestra fe– existe el de perder el alma en la búsqueda, el de colocar la mirada únicamente en la meta y perder de vista que el camino por el que llegamos a ella es tan importante como el punto de llegada en sí mismo.

Estoy hablando, por supuesto, de ese dilema que ha acompañado al hombre moderno desde su nacimiento, el de la relación entre los fines y los medios, dilema enfrentado y resuelto a su modo por Macchiavello en esa parábola negativa que es su tratado sobre El Príncipe, o ejemplificado severamente, con rigor filosófico y hondura trágica por Goethe en las líneas del Fausto.

Medios y fines, como hoy sabemos bien, forman una unidad y ambos comparecen obligatoriamente a la hora de examinar el valor de una obra

humana. Y esto es así porque los hombres somos, por encima de todo, seres éticos cuyos actos están siempre cargados de moralidad. Nuestros actos no son productos, resultados de operaciones mecánicas o automáticas, emanaciones de una cierta combinatoria de elementos. Son encarnación de las decisiones que adoptamos y cuyas consecuencias siempre van más allá del objetivo concreto e inicial.

Las sociedades, hechuras de los hombres, no son diferentes. Sus grandes logros, si se alcanzan, valen también por los medios que se emplearon para llegar a ellos. Por esa razón, como sabemos, una democracia, aún si avanza lentamente, siempre será superior a una autocracia expeditiva, ya que en la primera los logros no serán únicamente obra de un dictado férreo sino proceso de autorrealización humana, ejercicio de la libertad, fruto del diálogo, el respeto y la voluntad de comprensión mutua.

Si digo esto es para recordar que el bienestar y la paz colectivos nunca son genuinos si son impuestos o aún donados por alguna entidad o persona colocada por encima del pacto civil. La historia moderna está repleta de oxidados despojos de experimentos sociales emprendidos a veces de buena fe, a veces con dispendio de recursos y trabajo, pero carentes de aquel elemento único que da consistencia y perdurabilidad a una obra colectiva, como es la autodeterminación y la participación, el sentimiento de que esa institución, ese

campo de cultivo, ese canal de regadío, esa fábrica, ese hospital, esas leyes son en efecto obra nuestra.

El bienestar, la paz, la seguridad, la estabilidad y, en fin, todo aquello que tenemos en mente cuando hablamos de desarrollo son, por definición, obra de la democracia. Cada uno de nosotros actúa en ella en uso de su libertad, pero no lo hace aisladamente, sino como partícipe de un gran pacto que garantiza nuestra convivencia. Ese pacto es lo que llamamos sociedad civil, el gran horizonte de nuestra existencia social, comunidad inevitable e indispensable que no es, como creía Hobbes, un mal necesario, garantía negativa contra nuestra autodestrucción, ni masa gregaria en que sacrificamos nuestro yo a un dios mortal, sino asamblea de seres racionales que gracias a su razón y su espíritu aprenden a edificar juntos por el bien de todos.

Bienestar común y sociedad civil no son, pues, términos que se reúnan de manera contingente. Existe entre ambos una relación necesaria. Y eso es algo que debe tener en cuenta todo aquel que desee seria y honestamente hacer una contribución al avance del país hacia las grandes metas que todavía tiene por delante.

La Universidad Católica se precia de tener una larga, intensa y variada relación con esa sociedad civil de la que hoy hablamos. Es una relación que empieza, naturalmente, por su propia definición y realidad como institución de

investigación científica y humanística y de formación académica, que se beneficia del estímulo y la confianza de la sociedad y que devuelve lo recibido formando profesionales competentes y con sólidos valores humanos. Pero aún más allá de esto, que se refiere a nuestra actividad primera como entidad académica, aspiramos a tener una presencia permanente y directa en esta búsqueda común por el bienestar y lo hacemos participando con un sinnúmero de instituciones amigas en una enorme variedad de tareas a lo largo y ancho de nuestro país. Así, generando y llevando a cabo proyectos y programas para mejorar las condiciones de vida de la población, asumimos y honramos nuestro compromiso de ser colaboradores activos con el desarrollo del país.

Pues bien, el lanzamiento de esta “Ventana de la sociedad civil” que hoy nos convoca -una obra que nos felicitamos de haber emprendido conjuntamente con el Banco Mundial- constituye un paso adicional en esta fructífera relación y un esfuerzo más a favor de esta tarea que es elemento inherente a nuestra definición institucional: contribuir al desarrollo de nuestra Nación, pero no de cualquier modo, sino sembrando además un mensaje ético y de responsabilidad moral, como corresponde a nuestra identidad católica, y apoyando a la consolidación de la libertad personal y el respeto institucional de acuerdo a nuestra arraigada convicción democrática.

Esta “Ventana de la sociedad civil”, lanzamiento que ilustra, por lo demás, las grandes oportunidades que alberga la tecnología cuando está en manos de hombres de sensibilidad moral, se presenta como un gran espacio de confluencia de los diferentes, y a veces desperdigados, esfuerzos que numerosas entidades y miles de hombres y mujeres dentro de ellas invierten cada día para hacer del Perú un lugar mejor para vivir.

En un país como el nuestro, en el que las necesidades son muchas y los recursos siempre escasos, la ineficiencia es, más que una falla económica, un problema moral. Ante las privaciones que padecen gran parte de nuestros compatriotas, nuestros empeños e intervenciones nacen bajo el imperativo de la excelencia. Un fracaso o incluso un logro parcial no se limitan a ser cifras para el archivo; significan, antes que nada, niños sin educarse, adultos sin alfabetizarse, hombres y mujeres sin puestos de trabajo decorosos, familias carentes de los alimentos indispensables. Por ello, queremos que esta “Ventana de la sociedad civil”, al ser espacio de encuentro, sea una contribución genuina a las tareas del desarrollo nacional. A través de este medio, seremos, todos, capaces de concertar iniciativas, de aprender unos de otros y de intercambiar la información que nos permita ser más eficientes en el ejercicio de esa vocación del servicio público que nos hermana.

He hablado de la importancia práctica que tiene este espacio de encuentro que ahora ponemos en el espacio informático para uso de toda la sociedad. Debo añadir ahora que el encontrarnos en esta ventana significará también poner en acto ese valor indispensable a toda comunidad democrática que es la práctica del diálogo, la comunicación abierta, aquella que se entabla no en procura de una supremacía egoísta sino con vocación de entendimiento. Sólo con la práctica sincera y decidida de tal vocación estaremos avanzando genuinamente hacia esa meta que mencioné al iniciar estas palabras y que, estoy seguro, ustedes comparten con la Universidad Católica: la edificación de una sociedad en que todos puedan gozar de una vida humana plenamente digna. Llegar verdaderamente a ese fin implica ineludiblemente mantenernos vigilantes de los medios que empleamos. La apertura de mentes y corazones, el respeto mutuo y sobre todo el encuentro y el diálogo, como los que hoy podemos iniciar en esta, nuestra ventana, nos deben servir para llegar íntegros, en el doble sentido de esa rica palabra, a nuestro fin: una sociedad de hombres libres, respetados y protagonistas y dueños de sus destinos.

He hablado de la importancia práctica que tiene este espacio de encuentro que ahora ponemos en el espacio informático para uso de toda la sociedad. Debo añadir ahora que el encontrarnos en esta ventana significará también poner en acto ese valor indispensable a toda comunidad democrática que es la práctica del diálogo, la comunicación abierta, aquella que se entabla no en procura de una supremacía egoísta sino con vocación de entendimiento. Sólo con la práctica sincera y decidida de tal vocación estaremos avanzando genuinamente hacia esa meta que mencioné al iniciar estas palabras y que, estoy seguro, ustedes comparten con la Universidad Católica: la edificación de una sociedad en que todos puedan gozar de una vida humana plenamente digna. Llegar verdaderamente a ese fin implica ineludiblemente mantenernos vigilantes de los medios que empleamos. La apertura de mentes y corazones, el respeto mutuo y sobre todo el encuentro y el diálogo, como los que hoy podemos iniciar en esta, nuestra ventana, nos deben servir para llegar íntegros, en el doble sentido de esa rica palabra, a nuestro fin: una sociedad de hombres libres, respetados y protagonistas y dueños de sus destinos.

**SALOMON LERNER FEBRES  
RECTOR  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU**

**Centro Cultural,  
Jueves 20 de Julio del 2000**

---